

El perro aterrado

Adaptación del cuento popular de la India

Érase una vez un perro llamado Kutta que vivía en una gran ciudad de la India. No tenía dueño y se dedicaba a vagar por las callejuelas olfateando todas las esquinas, casi siempre buscando algo para comer.

Su vida era tan solitaria que solía recurrir a la imaginación para hacerse una idea de cómo eran las cosas, de cómo funcionaba el mundo. Se puede decir que Kutta se pasaba el día haciendo conjeturas de esto, lo otro y lo de más allá.

Por ejemplo, si una señora lanzaba a la vía pública las sobras del caldo, él pensaba:

– ‘¡Oh, qué generosa es esa mujer! Seguro que me ha visto, se ha dado cuenta de que tengo hambre, y muy amablemente ha tirado los huesos para que yo me los zampe.’

O si un niño arrojaba un palo al aire, sonreía y se decía a sí mismo:

– ‘¡Qué chico tan simpático! Lo lanza lejos porque sabe que a los perros nos encanta ir a buscar palitos y pelotas. Estoy convencido de que lo que quiere es jugar conmigo y que si pudiera me adoptaría.’

Kutta veía la vida a su manera, desde su punto de vista particular, y era feliz

Sucedió que un día pasó por delante de una reja que servía para delimitar un espléndido jardín. Casualmente, el portón de entrada estaba abierto de par en par.

– ¡Oh, qué sitio tan bonito! ... ¡Y no parece peligroso! Daré una vueltecita a ver qué encuentro.

Kutta entró y se paseó tan campante, como si fuera el señor de la propiedad, entre árboles altísimos y flores exóticas. Por fin, después de un largo recorrido, llegó a un estanque lleno de pececitos azules. Ante una visión tan encantadora comenzó, como siempre, a fantasear.

– ¡Oh, qué preciosidad! Esto debe ser el paraíso en la tierra porque todo en este lugar es maravilloso. Me apuesto la cena de esta noche a que aquí vive un príncipe.

Rodeó el estanque, cruzó una arboleda, y ante sus ojos apareció un increíble palacio de mármol, coronado por una cúpula dorada que relucía bajo el sol.

– Ma... ma... ¡madre mía, qué pasada de casoplón!

Tras el impacto inicial, a Kutta le faltó tiempo para retomar su manía de sacar conclusiones de todo.

– ¡¿Pero dónde estoy?!... ¡Este lugar es alucinante! A la vista está que el dueño es alguien muy inteligente porque para conseguir esta mansión hay que ser espabilado y saber cómo ganar mucho dinero.

Jamás había visto nada tan hermoso. Fascinado, siguió haciendo cábalas.

– Lo que está clarísimo es que se trata de una persona elegante, apuesta, de exquisito gusto. ¡Seguro que viste las mejores sedas del país y adora las joyas!

Kutta se moría de ganas de entrar, por lo que dejándose llevar por sus cuatro patas flacuchas se plantó en la impresionante escalinata de la entrada. No vio a nadie y siguió barruntando quién sería el afortunado poseedor de esa casa tan fabulosa.

– No hay duda de que quien vive aquí es una persona muy feliz. ¡Imposible ser desdichado cuando se tiene tanto!... Sí, es innegable que su vida es maravillosa.

Kutta estiró el cuello y subió de puntillas los escalones, actuando como si fuera un tipo distinguido acudiendo a un baile de gala. Al llegar arriba, se sorprendió.

– ¡Anda, pero si esta puerta también está abierta!

Levantó las orejas y solo escuchó el canto de los pajarillos.

– ¡Voy a investigar, pero lo haré muy rápido no vaya a ser que aparezca alguien por sorpresa y me meta en un buen lío!

Kutta pasó a toda velocidad y apareció en un inmenso salón cuyas paredes estaban cubiertas de arriba abajo por muchos espejos diferentes. El pobre nunca había visto ninguno y no sabía lo que eran, por lo que al entrar se encontró un montón de perros corriendo en dirección contraria... ¡hacia donde él estaba! Su reacción fue mostrar los colmillos para infundir miedo a sus enemigos, pero en ese mismo instante, todos los sabuesos levantaron el hocico y también le enseñaron los dientes.

Kutta sintió tanto terror que se quedó paralizado, en el centro de la sala, sin ni siquiera pestañear. En medio del pánico se le ocurrió gruñir apretando fuertemente las mandíbulas; la respuesta fue que inmediatamente todos los perros tensaron la cara y le gruñeron a él. ¡Estaba literalmente rodeado!

– Esto es el final... ¡No tengo escapatoria!... ¿O sí?

Movió las pupilas y pudo ver que la puerta estaba a escasa distancia. Sin pararse a pensar ni mirar atrás salió escopetado y apareció en el soleado jardín. Una vez allí corrió y corrió durante al menos cien metros, hasta que se dio cuenta de que nadie le seguía. Entonces, frenó en seco, se giró hacia la fachada del fastuoso palacio, y una vez más empezó a elucubrar.

– ¡Oh, qué raro!... Había por lo menos treinta perros y ninguno me ha perseguido. ¡Eso es porque en el fondo son tan cobardes que no se atreven a salir al exterior!

Kutta se sentó un rato en la hierba para recuperar el aliento y bajar las pulsaciones del corazón. Cuando se encontró más calmado se levantó y tomó el camino de vuelta, completamente convencido de que los perros que había visto en el salón del palacio existían de verdad. Una lástima, porque si se hubiera dado cuenta de su error, habría aprendido algo muy importante: que la imaginación nos puede jugar malas pasadas y que no podemos pasarnos el día hablando de lo que no sabemos por la sencilla razón de que las cosas no siempre son lo que parece.

Preguntas y actividades:

1. ¿Cuál era la costumbre de Kutta?
2. ¿Cuántos eran los espejos que rodeaban aquel salón?
3. ¿Qué enseñanza te deja la lectura?
4. Realiza un pequeño glosario en tu cuaderno con 5 palabras a investigar.
5. Realiza una ilustración (dibujo) sobre el cuento.